

Venera 7 y yo

Silvia Elena Ibarra Olmos

Universidad de Sonora
<https://orcid.org/0000-0002-1344-2516>

**Autora de correspondencia:*
silvia.ibarra@unison.mx

Recibido:
26/02/2024

Aceptado:
15/03/2024

Publicado:
20/03/2024

Palabras clave:
Venera 7, sondas espaciales, Venus

El día que nací, 17 de agosto de 1959, respiré por vez primera el olor a sal, a mar, en la única recámara de la pequeña casa que habitaban mi madre y mi padre, ubicada en el puerto de Mazatlán, Sinaloa, México, en una populosa colonia de pescadores, muy cercana a la playa.

Haber nacido en este lugar me otorgó varios gentilicios: puedo declarar que soy, orgullosamente, mazatleca, sinaloense y mexicana. Esta intersección de gentilicios no es poca cosa, al ser oriunda y haberme criado en un puerto, me hizo tomar un gran gusto por los días soleados; a lo que se agrega la alegría proverbial de los sinaloenses y la bien conocida debilidad por la comida que tenemos la gran mayoría de mexicanos.

17 de agosto de 1959 no es una fecha que emocione o inquiete mucho. Sin embargo, once años después, el 17 de agosto de 1970, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) lanzó, desde el Cosmódromo de Baikonur, ciudad ubicada a 2500 kilómetros de Moscú, la séptima sonda espacial de uno de sus programas aeroespaciales más ambiciosos. Dicho programa fue denominado, genéricamente, Venera, y su meta era aterrizar en el planeta Venus para transmitir datos desde su superficie.

La sonda lanzada el 17 de agosto de 1970 recibió el nombre de Venera 7 y fue fabricada por la compañía NPO Lavochkin, dedicada tanto al diseño como a la creación de obras de ingeniería aeronáutica y aeroespacial.

Como puede advertirse, Venera 7 es de padres soviéticos, nacida en territorio también soviético, en un lugar donde los inviernos son muy crudos. Circunstancias que, seguramente, contribuyeron a forjar su férrea y resistente naturaleza, características necesarias para la difícil misión que desde su nacimiento le fue asignada: visitar la superficie venusina y dar a conocer a la humanidad lo más que se pudiera del, hasta entonces, poco conocido planeta.

Yo fui la primera hija del segundo matrimonio de mi padre y primero de mi madre, de 37 y 20 años, respectivamente, a la fecha de mi nacimiento. Su diferencia de edades era notoria y no auguraba un matrimonio de larga duración, premisa que, en su caso, no se cumplió. La ecuación de juventud más experiencia, les permitió construir una relación de pareja donde el carácter impetuoso de mi madre fue hábilmente matizado, mas no ahogado, por la ecuanimidad y tranquilidad de mi padre. La alegría, característica común de ambos, contribuyó a fraguar una vida de pareja que, si bien tuvo altibajos, hizo felices a ambos.

La partera que asistió mi nacimiento, doña Angelita, me contaba, años más tarde, que fui una recién nacida muy “decente”, pues inmediatamente hice todo lo que un bebecito hace para calmar las ansias de una madre primeriza: llorar, expulsar flemas y calmarme después de arroparme, para enseguida colocarme a su lado.

Nací con un peso de 3 kilogramos, midiendo 52 centímetros, datos normales, según las estadísticas, para alguien de un hogar que contaba con lo necesario para sobrevivir. Felices por mi nacimiento, mis padres decidieron bautizarme con un nombre compuesto: Silvia Elena.

Para el momento en que Venera 7 nació, yo contaba con 11 años, pesando 40 kilogramos. En contraparte, la sonda Venera 7 pesó 1180 kilogramos en cuanto se completó su fabricación y fue lanzada al espacio. Contrariamente a lo que sucedió en mi caso, que conforme pasó el tiempo fui ganando peso –demasiado para mi gusto–, Venera 7 fue perdiéndolo, hasta llegar a alcanzar 495 en el instante donde, casi cuatro meses después, llegó a la superficie de Venus. Es decir, en un lapso relativamente corto, Venera 7 había perdido aproximadamente el 58% de su peso original; en tanto yo había ganado en 11 años, 37 kilogramos, es decir, 1233.33 % de mi peso original.

Un año después de estos acontecimientos, y como festejo de mi cumpleaños número 12, el 17 de agosto de 1971 arribamos mi familia y yo (padres y 3 hermanos más que se habían incorporado al núcleo familiar), a la Ciudad de México. Además de festejar mi onomástico, dos meses atrás nos habían dado la noticia de que había ganado un concurso escolar cuyo premio consistía en una visita al Palacio Nacional, en conjunto con todos los estudiantes que culminaban su escuela primaria y habían ganado un reconocimiento similar al mío.

En esta imponente construcción, situada al oriente del Zócalo de la hoy Ciudad de México, tiene su sede el Poder Ejecutivo del Gobierno Federal mexicano. Ocupa, aproximadamente, una superficie de 40,000 metros cuadrados, en 1987, fue declarada como Patrimonio de la Humanidad. Sumado a la emoción que me provocaba la visita a un monumento cultural de tal prestigio, nos habían comunicado que todos los estudiantes premiados podríamos conocer personalmente al entonces presidente de los Estados Unidos Mexicanos, Lic. Luis Echeverría Álvarez.

El presidente Echeverría Álvarez, personalidad muy controvertida en la historia de este país, acababa de enfrentar uno de los hechos más impresionantes y de mucha trascendencia durante su mandato, y aún después de él. Me refiero a la represión estudiantil que tuvo lugar el 10 de junio de 1971, donde murieron y resultaron heridos un número sin precisar de estudiantes de la Universidad Nacional Autónoma de México y del Instituto Politécnico Nacional. Este hecho, así como el fantasma de su responsabilidad durante la Noche de Tlatelolco, ocurrida en el sexenio anterior, donde fungía como Secretario de Gobernación, marcaron para siempre su vida política y personal. A tal grado que pasó un poco más de dos años en prisión domiciliaria, muriendo el 8 de julio de 2022, a los 100 años, con un funeral relativamente discreto.

Siendo apenas una adolescente, desconocedora en aquellas situaciones, alcance y afectación en la vida e historia de mi país, recuerdo con gran emoción el trayecto para trasladarnos del lugar donde nos hospedábamos hasta el sitio donde nos concentrarían a los alumnos procedentes de mi estado. Mis ojos, de características casi orientales, se esforzaban por abrirse para recuperar todas las imágenes posibles de la imponente Ciudad de México.

Al momento de escribir esto, pienso en las curiosidades de la vida: a diferencia mía, que tardé una hora en trasladarme del hotel donde me hospedaba a las cercanías de

Palacio Nacional, Venera 7, como ya se mencionó, tardó casi cuatro meses en llegar a la superficie venusina. Por distintas circunstancias, ambas fuimos, un 17 de agosto, motivo de orgullo para nuestros creadores: yo para mis padres por tener el honor gracias a mi premio escolar de conocer al presidente de la República, y los creadores de Venera por lograr ponerla en órbita.

Mientras intentaba interactuar con el Presidente sonriéndole, para poder tomar fotografías y compartirlas con mis familiares, eludiendo a los inflexibles miembros del Estado Mayor Presidencial; Venera 7 intentaba llegar a Venus, esquivando cometas, asteroides y cuerpos celestes que se interponían en su camino, todo con la intención de tomar imágenes y poder enviarlas a la Tierra.

Cómo no hablar de ciencia cuando se rememoran estos acontecimientos y nos enternecemos, gracias a las inquietudes y a la adrenalina que provoca la realización de una actividad en un curso de Escritura de Textos de Divulgación, de hechos científicos e históricos importantes, que ocupan un lugar notable en el desarrollo del conocimiento que la humanidad ha logrado conjuntar. Hechos que ocurrieron en fechas similares a otros, estos últimos aparentemente anodinos.

No puedo dejar de hacer comparaciones y paralelismos entre la historia de Venera 7 y la mía. Ella fue la séptima hija de una familia de 16 sondas que integraron ese programa aeroespacial de la extinta URSS. Cada una de esas 16 hermanas fueron haciendo aportaciones al propósito para el cual fueron creadas; si bien algunas no alcanzaron su objetivo, su muerte y desintegración interestelar contribuyeron al logro conjunto.

Este aspecto es algo para reflexionar, pues se advierte cómo, de un hecho que aparentemente podría catalogarse como un fracaso o un error, también emerge conocimiento sobre lo que se debe mejorar, y brinda información sobre qué modificar para que un procedimiento se vuelva exitoso. También puede darnos a saber cómo es el medio al cual queremos ingresar, cuáles de sus características no son compatibles con las nuestras; por lo que, en ese sentido, nos permite prepararnos.

Desde mi perspectiva, la vida de Venera 7 en mucho refleja la veracidad de esa reflexión. Ella, a partir del aparente fracaso de sus antecesoras, incorporó componentes que las otras no tenían, con lo cual alcanzó para dar a conocer al mundo terrestre, muchos elementos ignorados de Venus a partir del primer aterrizaje controlado en la superficie de un planeta diferente a la Tierra, lo cual constituyó un hecho impactante.

Aunque su hermana, Venera 3, logró enviar algunos datos al ingresar a la atmósfera venusina, no pudo aterrizar en su superficie. Si bien, como se ha dicho, Venera 7 si completó su aterrizaje, éste no fue lo exitoso que se había planeado puesto que el paracaídas que ayudaría a aminorar la fuerza del descenso se abrió, colapsando intempestivamente. Esto provocó que la sonda fuera en caída libre durante 29 minutos, para terminar impactándose en la superficie de Venus.

Venera 7 resistió valientemente durante 23 minutos la temperatura ambiente de Venus, unos 475 grados centígrados, tiempo durante el cual transmitió ininterrumpidamente imágenes en blanco y negro del suelo y entorno que le rodeaba, antes de que su energía, y con ello su vida útil, concluyera. Así, logró su entrada triunfal en la historia de los complejos esfuerzos terrestres por conocer qué hay y cómo es lo que se encuentra más allá de nuestro planeta. Contribuyó, con su experiencia, a enriquecer las características de sus posteriores hermanas, logrando extender su vida útil en Venus hasta dos horas.

En lo que a mí compete, fui la primogénita de una familia integrada por 5 hijos, pues a los 4 que éramos cuando visitamos la Ciudad de México, se incorporó otro varón en 1973, con quien se conjuntaron 3 mujeres y dos hombres. A diferencia de lo que sucedió con la

familia Venera, los integrantes de la mía nos fuimos disgregando con el pasar del tiempo, cada uno formando su propia rama del árbol cuyas raíces fueron nuestros padres.

Por mi parte, logré concluir una carrera universitaria, la licenciatura en matemáticas, para posteriormente incorporarme a la docencia en la misma universidad pública del noroeste del país en donde me preparé profesionalmente. Con el paso de los años, fui advirtiendo la importancia de mi labor social como profesora de matemáticas, la cual no se reduce a la impartición de una cátedra, sino a mi contribución en la formación integral de seres humanos, desde la plataforma del conocimiento matemático.

Ésta es una plataforma a la que no es tan fácil acceder, pero definitivamente es muy importante llegar. He concentrado mis esfuerzos individuales y profesionales, integrándome a una familia de colegas docentes con quienes comparto las mismas metas y aspiraciones; la principal de ellas, lograr la democratización del conocimiento matemático. Muchas acciones son necesarias para conseguirlo; una de ellas, recuperando la idea de Venera 7, es concebir que en la medida en que nuestros alumnos se equivoquen, nos están proporcionando la fuente de aquello en lo que debemos trabajar.

A manera de cierre, puedo manifestar que Venera 7 llevó en su maraña de cables la huella de la conjunción de distintos campos de la ciencia, lo que le permitió conducir a buen término, su objetivo científico. Yo llevo, en mi maraña cerebral, la huella de una formación matemática que me ha permitido interactuar felizmente con el mundo que me rodea, así como asumir la responsabilidad que como ente social tengo.